



LAS admirables y ya célebres "Silly Symphonies", que en tan breve tiempo han conquistado el mundo, tuvieron pocos años hace, un humilde origen. Walt Disney — modesto dibujante, primero, lanzado por azar en la cinegrafía, luego artista famoso merced a su famoso ratón Mickey — sólo tuvo la intención, al ensayarlas, de gloriarse con sencillos comentarios humorísticos algunas melodías populares. De allí su nombre — un acierto más — de "Sinfonías Tontas".

Flores y árboles danzaban en aquellos breves films a compás de un ritmo musical familiar al público; flores y árboles que se estiraban, se retorciaban, se reunían en fantásticas rondas, agitaban sus ramas como brazos y movían como caras humanas sus corolas. Cobrando expresiones y maneras de una absurda humanidad, adquirían una nueva e irresistible eficacia de risa.

El cine sonoro iniciaba una nueva era en el arte del dibujo animado, al aportarle sus infinitos recursos y abrirle el panorama de sus extraordinarias posibilidades. Y Walt Disney, con su profundo talento, supo utilizar como nadie los nuevos hallazgos. Cuando aparecieron las "Sinfonías" hacía tiempo ya que el maravilloso ratón Mickey nos había hecho olvidar a Mutt y Jeff, al clown Koko y al gato Félix, de igual modo que el nombre de Disney nos hizo olvidar los de Bud Fischer, Max Fleischer y Pat Sullivan.

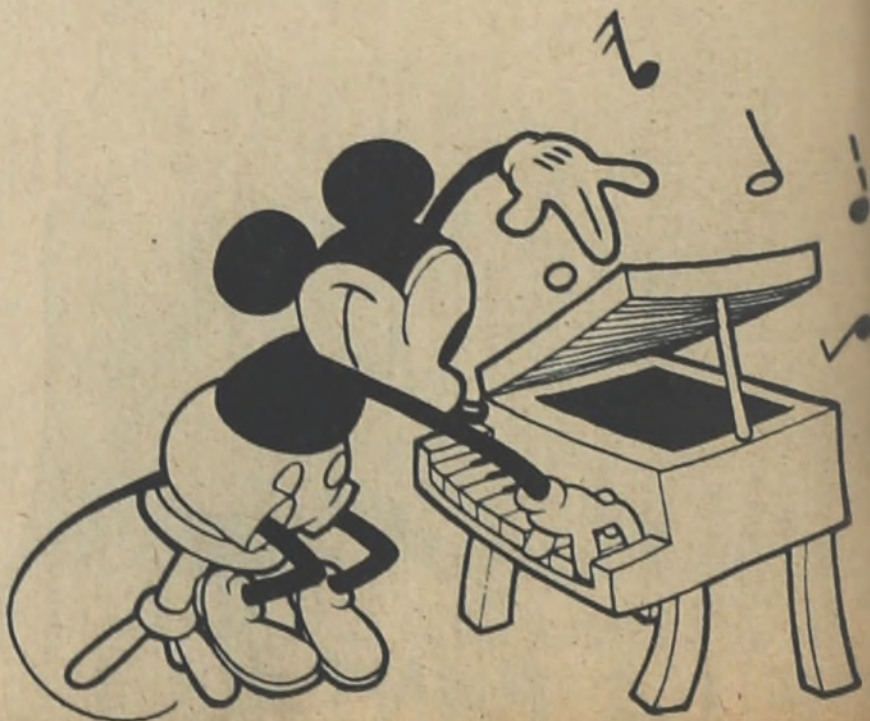
El éxito de aquellos films fué fulgu-

LOS DIBUJOS ANIMADOS DE WALT DISNEY

Por J. M. Podestá



rante. El público, no el de los estetas ni el de los iniciados, sino el buen público de la oficina y de la calle, que ama sus fox y sus blues, acogió calurosamente las regocijantes fantasías sonoras. Ellas traían un inusitado comentario figurativo, tan original y agudo, a esos ritmos fáciles que acompañaban su trabajo y alegraban su vida.



Muy pronto Disney perfeccionó sus creaciones y el elemento musical y sonoro quedó supeditado al desarrollo de los dibujos: esa era la verdadera y natural ordenación de sus valores respectivos. Ya el éxito había abierto sus puertas a las "Sinfonías" y ya valían ellas, universalmente, no por el atractivo circunstancial de una música sino su gracia, su ingeniosidad y su humor admirables.

Aquel desarrollo elemental llegó en seguida a convertirse en complicada historieta. Aquella sencilla danza de dibujos — especie de ballet burlesco — se enriqueció con fantásticos sucesos. A las plantas se agregaron insectos, pájaros, animales y al atractivo musical se sumó el interés de aquellas desopilantes aventuras y el ingenio deslumbrante de aquellos recursos que Disney hallaba en la punta de su mágica pluma para llegar hasta la raíz misma de nuestra risa.

Sus historias se movían siempre cerca del modelo humano, utilizando siempre pasiones humanas u objetos humanos para obtener, por contraste, el feliz efecto de hilaridad. Insectos que patinaban sobre espejos, que utilizaban como armas estilográficas viejas y alfileres de gancho como instrumento de música; árboles buenos y malos; animales que tenían las mismas debilidades de los hombres, que realizaban sus mismos gestos y empleaban sus mismas tretas para llegar a los mismos fines. Nada tiene tan disparatada gracia como esas flores enojadas o esos pianos que ríen a teclado batiente, o esos pequeños animales que se agitan como minúsculos hombres de caricatura. Ese agudo humor nos hace reír y ese fecundo ingenio nos admira. "Árboles y flores", "Osos y avispas", "Amor de insectos", fueron modelos de este género, pequeñas joyas de esta bellísima cinegrafía.

Pero la fantasía privilegiada de Disney no ha podido detenerse. Ha trascendido de sus "Sinfonías" y ha ido más allá del mundo en que se mueven el perro Pluto y el ratón Mickey. Estos, como los personajes de las primeras "Sinfonías", son, después de todo, de una firme y segura realidad. No van al país de las muñecas, ni al reino de las sirenas, ni al mundo de las hadas y los gnomos. Disney ha ido a todos esos maravillosos países y nos los ha mostrado con frescos y finísimos colores.

Con profundo sentido comprendió las perspectivas que el cine abre a la fantasía y se lanzó decididamente hacia lo maravilloso. En su última producción introduce innumerables elementos de este carácter, distribuyéndolos con certero criterio artístico y sin abandonar su vena bromista y regocijada. Brujas, trasgos, duendes familiares, dioses paganos, sirenas, se mueven en esas bellas figuraciones de cuentos populares, a veces cómicamente parodiados. Los viejos cuentos de hadas se corporizan felicísimamente y florecen en su total poesía. Y este gran artista que es Disney subraya con admirable delicadeza esta poesía, sin empañarla jamás con una burla ni ajarla con una nota de mal gusto.

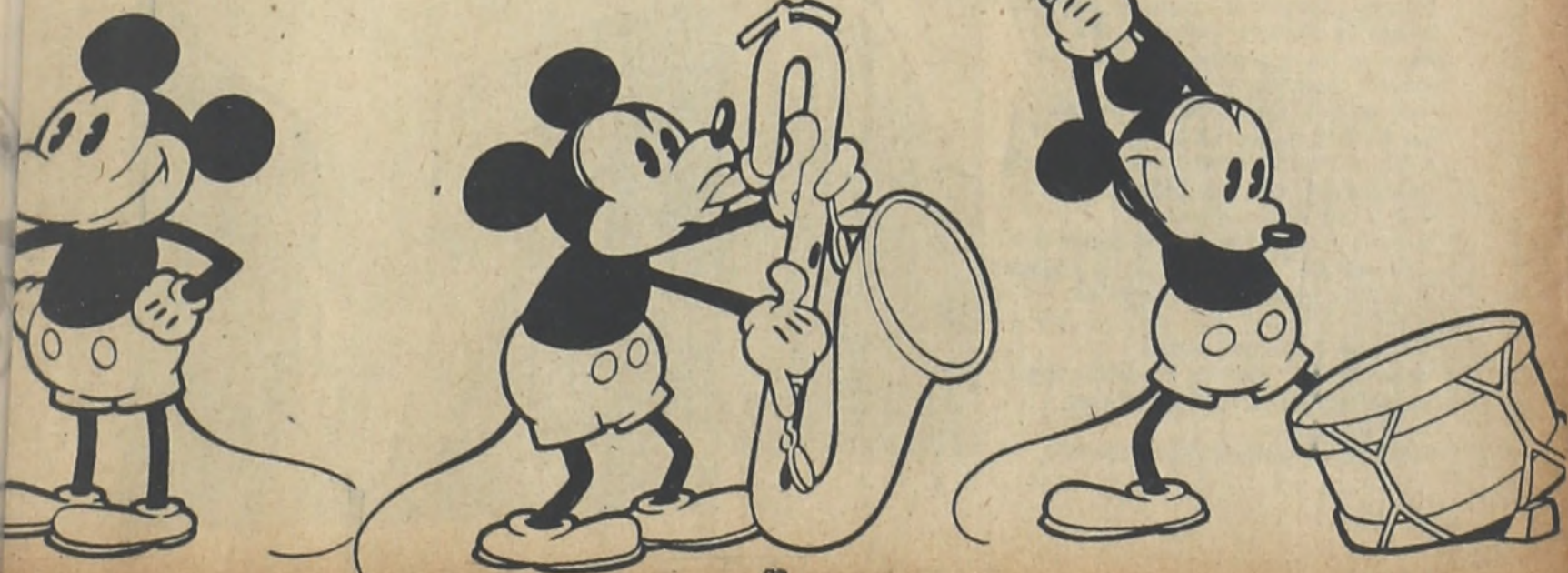
Films como "El rey Neptuno", "El arca de Noé", "Niños en el bosque", alcanzan el más alto grado de perfección y de gracia. El color, agrio a veces, a veces dulcísimo de medias tintas, realza ese tono de leyenda infantil, de rosa irreal, que lo hace tan encantador.

Por primera vez en la historia de las cosas imaginadas



hemos "visto" a las sirenas, consteladas de joyas, moverse en su reino misterioso de las aguas profundas. Hemos visto a los truculentos piratas de gestos patibularios y calaveras pintadas en los sombreros. Hemos visto a ese inefable rey Neptuno con su gran barriga de pachá gordo y su empaque solemne de rey de baraja. Hemos visto a la bruja de los cuentos de Grimm, con su escoba convertida — signo de los tiempos —

(Continúa en la Pág. 78).



HECHIZO

(Continuación de la Pág. 19).

a la atención de un marido celoso la asiduidad del advenedizo. Que aunque Norberto Heredia no hubiese sido hombre avisado, patente estaba aquella querencia sorda y constante. Y se puso en guardia, cauteloso, prevenido, hasta concluir sabiendo que nada podía temer de ella, aunque pudiese temer mucho de él.

Sobre todo le exaltaba la zozobra cuando, según costumbre, cada dos semanas, un día cualquiera, había de ir al lugar, llevado por sus obligaciones y por la necesidad del aprovisionamiento. Encargaba entonces a Ana María cuidados y prevenciones que le dieran seguridad.

Hasta que fatalmente ocurrió... Volvía Norberto ya bien de noche. Causas imprevisibles le había demorado en el pueblo más de la cuenta. Y en balde fué que espoleara al caballo para ganar unas horas. Y ahora que llegaba, como mordido de súbito por una idea falaz, detuvo el trote e hizo andar despaciosa y calladamente a su cabalgadura, como si todavía no quisiera acercarse. Apostado allá, la calma y el silencio le deparaban un observatorio. Y fué entonces adivinar, presentir una sombra que se deslizaba desfiladero adelante hacia su hogar. Le latió el pecho fuertemente. Echó pie a tierra, amarró su caballo a un tronco y persiguió, cauteloso, al emboscado. Se cercióró, al tenue claror de las estrellas, de que el hombre no era otro que Jesús Camacho. Víole llegar, inquirir, olfatear como una fiera hambrienta que presintiese una presa segura. Lo temió ahora todo. Y algo entonces nubló de maldad el sano corazón de Norberto Heredia; había allí motivo para hacer un criminal de un hombre honrado. Y con una idea salvaje en la frente entenebrecida, volvió en busca de su caballo. Lo desaprovechó de su impedimento, y con la larga cuerda de cáñamo que servía de atadizo a los envoltorios se preparó un lazo, no tan seguro y fuerte como los que manejara en las pampas, pero su ancha vengativa lo haría eficaz y poderoso. Extinguiría al saltador de su honra, de su amada, de su casa. Habría de arrastrarlo a un precipicio cualquiera, y después achacaría a desgracia casual, a fortuito accidente, que Jesúsillo Camacho apareciera estrellado en el fondo de un barranco.

Obediente y entendido, el caballo anduvo cauto, refrenado por la mano experta. Ya junto a la casa se sintió espoleado de súbito, saltando un trecho, clavadas las espuelas en los llares.

Una imprecación en la sombra, un brazo hábil que caza a un hombre, un grito desesperado. Y al arrear monte arriba con el humano fardo a rastras, el fulgor de un disparo seco que retumba en el espacio. Caen el caballo herido, el cabalgante rueda y el mozo aprehendido que logra desligarse de la atadura y escapar desalado.

Luego, en lo alto, pasado su pánico y su terror, Jesúsillo pareció volver de su hechizo

al hacerle cara en un segundo la realidad de la vida. Y cuando, trémulo aún, tras vueltas y rodeos, llegó a la choza, se sorprendió al hallar al abuelo levantado y despierto. Iba a preguntarle; pero vió descolgada de su sitio, sobre el camastro, la escopeta del tío Pedro, y al comprobar que estaba descargada, comprendió.

Y no hablaron. No se dijeron una palabra. El sintió llanto en los ojos y una aflicción que le ahogaba. Se tumbó boca abajo y se golpeó el pecho furiosamente, rabiamente.

—¡No llores, criatura! ¡Bah! ¡Que esperanza vivida es ilusión muerta!

Y el abuelo siguió fumando silencioso, sonriendo tierno, mirando afable, con el beatífico aspecto de un bienaventurado patriarca.

Entretanto, Norberto tranquilizaba a Ana María del sobresalto. No obstante, invadido aún de dudas, pensando si ella habría alentado el hechizo de Camacho, buceó en el fondo de sus pupilas, para agregarle:

—¡Era Jesús Camacho que rondaba aquí! ¡Ya bajaba otras noches!

—¿Jesús Camacho?

Y hubo una extrañeza tan sincera en sus ojos fieles, que Heredia se sintió dichoso. Pero todavía inquirió:

—¿Y tú no sabes a qué vendría?

—Está comprendido. ¡Vendría a robar!

A robar, sí. No el exiguo dinero de la mesada, ni siquiera las aves del corralillo, como ella pensara. Más ambicioso el mozo.

El dijo:

—A robar venía, pero no nada de eso. Quería llevarse un precioso tesoro que yo tengo.

—¿Que tú tienes?

Y quedó dubitativa, suspensa, como una niña frente a una sorpresa, sin entender. Ahora él, prudente, no quiso aclarar. Acaso había ido ya demasiado lejos; quizá estuvo expuesto a despertar en ella un sentimiento de inquietud.

—¡El dinero, tonta! No venía a otra cosa.

—Ya decía yo...

La estrechó contra su pecho, trémulo, feliz, dichoso. Y bendijo al marrullero viejo que, con puntería certera, le hirió el caballo, evitando la desgracia de todos.

Y como clareaba, condujo a su mujer afuera para que sus ojos se le llenaran una vez más de amanecer puro, de luz tibia, de colores serenos...

J. de DUCAS ACEVEDO.

lignos; a las cornejas agoreras que hablan. Hemos visto a todo aquel mundo que encantó nuestra niñez y que ahora reaparece —un poco burlón, un poco irónico, pero lleno siempre de ternura y de gracia— aderezado y embellecido por la mano de este artista magnífico que lo consagra como cosa de alta calidad y que lo pone al alcance de los ojos y el corazón de todos los hombres.

Las últimas producciones de Walt Disney que han llegado al Río de la Plata muestran, más depurada aún, esa calidad artística. "Hollywood de gala" y "Canción de cuna", que he conocido de Buenos Aires en sesión privada, son dos maravillas de este género.

"Canción de cuna", sobre todo, encierra un grado tal de sencilla ternura, de fina gracia y de rica fantasía; exhibe tan inéditos recursos dentro de su ejemplar simplicidad que la estimo como quintaesencia de este arte profundo y sutil del dibujo animado.

Ojalá nuestro público, con frecuencia algo distraído por el cine de "gran formato", llegue a prestar toda la atención que merecen a estas joyas minúsculas que Vuillermoz — profundo crítico — llamaba no ha mucho, "la flor de la cinegrafía".

J. M. PODESTA.

Tu cuna fué un conventillo...

(Continuación de la página 5)

rincón hay un agujero grande en el piso; en otro un colchón, de algo, que pudo ser cama, cubierto de trapos; en otro una mesa con un calentador y otros útiles de cocina; el cuarto rincón está llenado por la cama del matrimonio arriado a la pared para ganar espacio. En las paredes y el techo están, como reventando, las manchas de la humedad del invierno. El biombo (la pseudo pared que divide ésta de la pieza siguiente) tiene una desgarradura y por ella pueden contarse cuántos elásticos de camas viejas se pusieron de canto para hacerlo. Golpeamos, con el puño, el deleznable muro y asistimos al estrepitoso desfile de las ratas que, temerosas, saltan de un lado para otro.

Va estábamos por pensar mal del propietario de la casa, pero recordamos que, necesariamente, debe pertenecer a muchas sociedades de beneficencia y, para poder subvencionarlas a todas, se verá obligado a cobrar alquiler por las piezas de este conventillo. (De esto se deduce

Los Dibujos Animados de Walt Disney

(Continuación de la página 23)
pos — en avión sintético; con su castillo de caramelo y de pastaflores, donde atrae a los niños golosos y los trasmuta luego en horrendos animales. Hemos visto a los enanitos de barbas fluviales, a los árboles ma-



Siendo el jabón OLIVOL
Tan suave, neutro, y fragante
Será siempre el preferido
De las damas elegantes.



Heladeras y
Sorbeteras
VARIOS TAMAÑOS

Surtido completo de
artículos generales
del hogar, apropiados
para la estación
verano -VISITEN
NUESTRAS SECCIONES

TURCATTI y BELATTI

CASA MOJANA
627 RINCON 631